



GÁLDAR



# BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CANARIOS

Martín Moreno

*Cronista Oficial de Gáldar y Cronista Oficial de Gran Canaria*

## **Cronista Benítez Inglott: investigación, noticia y anécdota**

**D**e don Eduardo Benítez Inglott se decía en su época “que conocía más historia que el que la había inventado”. Era un modo de expresar sus admiradores “que se la sabía toda”.

Además de periodista señoero, estudioso insaciable y gran cronista oficial de Las Palmas de Gran Canaria, nuestro querido don Eduardo –de entrañable memoria para el que escribe, por cuanto nos estimó él y lo veneramos nosotros en justísima reciprocidad– sobresalió asimismo en su calidad de profesor auxiliar “comodín” de la Escuela Normal de Magisterio. Podía suplir a los titulares en Historia, Geografía, Lengua Española, Literatura, Pedagogía..., en tan asombroso como eficaz acaparamiento del cuadro de materias.

Entre un montón de condiscípulos fuimos testigos, un día de exámenes, de la “salida” genial de don Eduardo que relataremos sin demora. No sin precisar que al advenimiento de la II República se dispuso que los enseñantes de los colegios religiosos y demás centros privados que no estuvieran en posesión del título de Maestro quedaban obligados a obtenerlo, en el bien entendido de que aquellos que no cubrieran este requisito dentro del plazo

decretado al efecto, no podrían permanecer en el ejercicio de sus funciones docentes, en tanto no acreditaran su capacitación mediante el logro de dicho título. Así, pues, en cumplimiento de lo dispuesto algunos sacerdotes y muchas monjitas desfilaron sin perder tiempo por la Escuela Normal, a verificar por libre la carrera y hacerse con la credencial exigida.

Casi colmada aquel día de alumnos la sala de exámenes, en el antiguo edificio de la calle de Canalejas, subió al estrado primera de todos una monja la mar de simpática; de andares resueltos y santa guapura. Una vez que tomó asiento frente al tribunal –que completaban con nuestro recordado su tocayo don Eduardo Carrasco, director del Centro, y doña María de la Soledad González–, con una sonrisa encantadora y muy segura de sí, introdujo la religiosa la diestra en el saquito de las bolas y extrajo las tres reglamentarias para elegir la que señalara la lección más de su agrado o conveniencia, con que era de rigor iniciar la prueba. Después, hablando alto, claro y rápido, y sobre todo sabiendo lo que decía, la sor se comportó como anticipo insuperable de una bien grabada cinta magnetofónica, benefactora novedad que por entonces ni siquiera imaginábamos. Era la monjita una máquina de bien contar historia.

A menos de media lección la hizo detenerse nuestro don Eduardo a resultas de cierta pregunta que se le ocurrió a cuento de lo que ella decía, y, de ahí en adelante, el examen se trocó en coloquio amenísimo y por demás interesante y provechoso. Examinador y examinanda se enfrascaron en una apasionada conversación con preguntas y respuestas de las partes; muy a gusto, por consiguiente, del auditorio, incluidos los tan estimados don Eduardo Carrasco y doña María de la Soledad. Al cabo de más de media hora de regocijante paseo por la Historia, el dialogo vino a concluir cuando don Eduardo Benítez acordó:

–Puede retirarse, hermanita. Y que le vaya bien.

Se apartó la monja tan sonriente y simpática como había llegado, esbozando una deliciosa reverencia al tribunal. Teniéndoles dada ya la espalda a los de la mesa, en dirección ella a su sitio, don Eduardo la hizo volverse, al exclamar él:

–Y si alguna vez se decide a escribir un texto de historia, espero que me dedicará un ejemplar.

El gesto apenas severo del director de la Escuela normal fue insuficiente para frenar el aplauso que algunos iniciaron tras la carcajada ruidosa y general que produjo la inesperada advertencia de don Eduardo Benítez, que era así como se ve de sincero y campechano. Por grandes que trazó las letras, el “sobresaliente” que le otorgó a la monja casi no cabía en el espacio reticulado dispuesto para anotar la calificación en la papeleta de examen.

Nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1887, don Eduardo Benítez Inglott abandonó este mundo el 2 de noviembre de 1956, dejando bien ejecutados abundantes servicios a la curiosidad de los archivos y en beneficio de la cultura de su pueblo, aparte otros que la muerte no le permitió rematar, como pasa casi siempre con los que saben y escriben. Era hijo del prestigioso letrado don Eduardo Benítez González y hermano de Miguel, musicólogo; Wenceslao, almirante; y Luis, abogado, poeta y fino escritor.

Porque su vocación periodística presidió su actividad intelectual, puede asegurarse que sobre su personalidad de profesor, conferenciante y periodista, sobresalió esta última. Periodismo fueron, sin duda, sus incursiones notables en el campo de la historia y de la investigación.

Alumno aventajado del Colegio de San Agustín, aquel cronista que fue “anécdota viva de la ciudad” renunció a sus estudios de Derecho en Sevilla y Granada. A los 26 años ganó plaza de oficial de Secretaría del Ayuntamiento de su ciudad, actuando como secretario particular de varios alcaldes y, en Madrid, de don Leopoldo Matos y Massieu, siendo éste ministro de Trabajo, lo que no impidió al joven don Eduardo continuar escribiendo en los periódicos locales, de los que algunos llegó a dirigir con el tiempo.

Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia y de honor del Instituto de Estudios Canarios de La Laguna, del de Estudios Hispánicos de Puerto de la Cruz, de la Asociación de la Prensa y Sociedad Filarmónica, ocupó importantes cargos en El Museo Canario y pronunció numerosas conferencias sobre temas históricos de Canarias. Siendo Inspector del Retiro Obrero Obligatorio fue decisiva su influencia para la creación de la Caja Colaboradora del Instituto Nacional de Previsión y el Patronato de Previsión Social de Canarias. Era un gran enamorado, a su estilo, de doña Paca Gómez Bosch, su esposa “a la medida”.

*–Paquita y yo estamos muy compenetrados. Ella aguanta mis teclas y yo me jeringo con las tuyas. A veces no nos entendemos. Pero somos felices. Eso, siempre.*

Otra de las debilidades de don Eduardo era su suegra, a la que visitaba a diario en su casona de la calle Cano. La venerable doña Ana Bosch y Sintés, viuda de don Cástor Gómez Navarro, tenía 98 años de edad cuando falleció en esta casona de lo menos cuarenta habitaciones y dos patios. Hijos suyos fueron, además de doña Paca y otros, don Tomás y don Cástor Gómez Bosch, pintor y pianista justamente celebrados.

Referirse a “teclas” era muy corriente en don Eduardo. Un día que entrando en la calle Peregrina, camino de su casa tras visitar a su madre política, le preguntó don Agustín Alzola su opinión sobre la salud de doña Ana, le contestó:

*–Está a prueba de bomba. ¡Pero con más teclas que el órgano de la Catedral!*

Don Eduardo fue dos veces director afortunado del diario La Provincia, cuando se editaba en su primitiva casa de la calle de Colón, y ejerció como tal una temporada en el rotativo *Hoy*. Al frente de la Redacción de este periódico tuvo a sus órdenes como reporter gráfico, esencialmente amateur y muy entusiasta, al profesor don Mariano Utrera y Cabezas, tan correcto siempre y tan a favor del prójimo.

*–Me avisan del Puerto que van a comenzar a descargar la maquinaria de cuya llegada damos cuenta en nuestra edición de hoy. Conviene que impresione unas placas para insertarlas mañana.*

Se llegó don Mariano al puerto y retrató los tres enormes cajones en que venía embalada la maquinaria, cuando aquellos descendían por los aires hasta el muelle. Reveló placas, tiró copias y se las dejó al director sobre su mesa. Por la noche, don Eduardo hizo comparecer a don Mariano:

*–Sus fotos son estupendas, mi amigo. Pero si no abrimos los cajones, los lectores no sabrán si contienen maquinaria o velas de sebo.*

Como las fotografías eran de todos modos interesantes y buena noticia su contemplación, se publicaron con éxito. Don Eduardo sólo quiso preo-

cupar a don Mariano, al tiempo que “se curaba en salud”, adelantándose a lo que pudiera opinar el lector irónico. Estaba en todo.

Cuando se enojaba, no hablaba fino. A menudo, tampoco cuando estaba sereno. Si alguien que se iniciaba en las lides políticas, literarias o periodísticas se “empecinaba” más de lo debido, solía decir: “Ese mentecato, que tiene todavía el cascarón pegado del c...”. Nunca decía: “que se vaya a la m...”; decía: “¡váyase al bufo!”. Pero no resultaba ordinario, pues siempre que se expresaba de este modo lo hacía con oportunidad, amortiguada la voz y con la gracia que lo caracterizaba. Tuvo extendida fama de ameno y gran conversador. Fue un personaje realmente admirado, estimado, recargado de méritos y valorado hasta por sus propios enemigos.

Entre sus obras –de las cuales dejó muchas inéditas– destacamos las notas a la edición de *Recuerdos de un noventón*, de don Domingo José Navarro. Y pueden enumerarse trabajos tan importantes como: *Crónicas de Las Palmas*, *Historia de sesenta años*, *Notas para un estudio crítico para la Historia de Canarias*, *Anotaciones a los viajes del muy eminente don José de Viera y Clavijo*, *Historia de la Semana Santa en Las Palmas*, *Anotaciones al Diario de don Antonio Bethencourt*, *De la invasión de Morato Arráez en Lanzarote en 1596*, *Don Benito Pérez Galdós, músico*, *Historia de la parroquia de San Francisco de Asís de Las Palmas*, *Historia de la Sociedad Filarmónica*, *Pregón de San Pedro Mártir de 1950*, *Historial de la capilla de Ánimas de la Catedral de Las Palmas*, *Instituciones primitivas de derecho en Gran Canaria*, *Pedro Barba de Campos no fue señor de las Islas Canarias, etc., etc.*

Era un tremendo germanófilo don Eduardo Benítez Inglott. Recordamos una disertación suya en la que explayó al principio de la Segunda Gran Guerra de nuestra era su opinión referente a cómo iba a quedar Europa de bonita, pacífica y progresiva una vez finalizada la contienda con el triunfo de Alemania. Se mostró tan sabio y contundente en sus aseveraciones y fue tal el calor que imprimió a su relato, que los concurrentes salimos de la conferencia absolutamente convencidos del triunfo de Hitler y de que Europa sería un paraíso en breve tiempo. Luego se vería que, si se hubiera expresado al revés, don Eduardo hubiese acertado plenamente en sus vaticinios.

–Se equivocó en sus pronósticos aquella tarde.

*–Yo no contaba con que Hitler se me volvería loco, imitando a Napoleón en sus delirios de grandeza. Pero Alemania no ha dejado de ser el gran pueblo de Europa. Otra vez resurgirá de sus cenizas.*

A más decir de don Eduardo Benítez, tenía él sus prontos. Había que conocerlo para encajar debidamente en sus cosas. Nosotros sabíamos “darle máquina”, hacerle hablar. Cuántos encuentros en la esquina de nuestra Catedral a Espíritu Santo, frente a su casa. “Me voy, que tengo mucha prisa”, pero no se iba. “Ahora sí me voy”, y seguía hablando. Nosotros tan a gusto.

*–La mejor medicina del mundo es el bicarbonato. Si no fuera tan barato, la gente lo emplearía mucho más, y no lo tomaría “como a escondidas”.*

En su casa lo tenía siempre a mano, en el cajón de su mesilla de noche. Un día que no podía abrirlo, acabó poniéndose nervioso. Tirando de la perilla, decía:

*–Han vuelto a ponerme chismes en este cajón y ahora no se abre. No abre...*

Continuaba tirando de la perilla, enfadándose cada vez más:

*–No se abre...*

Y sacudía la perilla en todas direcciones:

*–Nada. ¡No abre!*

Llegó en su ayuda uno de sus hijos:

*–¿Qué te pasa papá?*

*–¡Que llenan de porquería este cajón que es mío y no puedo abrirlo para tomar el bicarbonato!*

Miró de raro modo el recién llegado a su padre, y le pidió:

*–Permíteme, a ver...*

Y dicho esto rodó el mármol de la mesilla y dejó al descubierto por arriba el interior del cajón. Tomó el frasco del bicarbonato y se lo entregó a su progenitor, que se había quedado estupefacto. Cuando el hijo traspasaba en



silencio la puerta en su salida del dormitorio, don Eduardo le gritó, entre colérico y compungido:

*—¡Por lo que más quieras, no se lo cuentes a nadie!*

Don Eduardo Benítez Inglott, grancanario ilustre. Admirado por sus propios enemigos. Presente en su pueblo.

### **Don Francisco Guillén Morales: medio siglo de fecundo magisterio.**

Tenemos abierto sobre nuestra mesa de trabajo el álbum que le regalaron a don Francisco Guillén Morales cuando se jubiló, en 1934. Es un volumen con tapas de piel y muchas hojas amarillentas llenas de firmas. Nombres de vivos y muertos que nos traen resonancias de otro tiempo; voces resurgidas que nos alertan recuerdos y producen sensaciones que nos trepidan el pulso. Motivaciones que nos regresan al camino andado de nuestra vida inquieta e imprecisa.

En una primera página que tuvo a su cargo el pendolista genial que fue el caballeroso don Álvaro de Mendizábal, nuestro muy exquisito y generoso examinador de caligrafía, estamos leyendo:

*“Al ejemplar maestro don Francisco Guillén Morales, forjador de ciudadanos; hombre cuyo espíritu ha resistido juvenil y animoso el paso del tiempo y que ha sabido llegar al final de su larga carrera en medio del afecto cordial de cuantos le conocieron, dedican este álbum, con motivo de su jubilación y como recuerdo emocionado, ciudadanos, compañeros y discípulos que han sabido captar la esencia magistral de sus lectores y de su vida”.*

Don Juan Rodríguez Santana, nuestro maestro inolvidable y alumno predilecto que fue del homenajeadado, encabeza las firmas como inspector jefe de Enseñanza Primaria. Siguen las de don Luis Fajardo Ferrer, alcalde de Las Palmas; don Eduardo Carrasco, doña Adolfinia Ramírez, don Juan Ramírez Suárez, don Mariano Alemán Estupiñán, don Valentín Gómez Gil, don Baltasar Espinosa Perdomo, doña Adela Santana Enríquez, don Nicolás González Quesada, don Francisco Batllori y Lorenzo, don Antonio García Castillo... Cientos de firmas en las que la ciudad de Gáldar aparece dignamente representada.

Se le entregó a don Francisco la dicha prueba de afecto en las postrimerías del banquete celebrado en su honor en el hotel Los Frailes, a continuación de los discursos pronunciados por el alcalde de la capital, el inspector y, entre otras personas más, las palabras temblorosas por la emoción de un alumno de 11 años, director después del colegio Jaime Balmes. Los músicos Batista, discípulos todos del maestro jubilado, amenizaron el acto sin cobrar un duro y tras haber abonado cada uno el importe de su correspondiente tarjeta de comensal.

En la Escuela Normal, profesores y compañeros le rindieron otro homenaje. Y en la Caseta Galán compartió don Francisco un tercer agasajo con quien le fue leal amigo y compañero, don José Valenzuela, al que la ciudad de Santa María de Guía guarda la viva gratitud a que se hizo perpetuo acreedor el maestro andaluz.

No se quedó atrás Gáldar en los honores a su brillante hijo. Se adelantó en ellos con actos de multitudinaria concurrencia. Dio el nombre “Guillén Morales” a la calle en que vivió el maestro –en que continúa, remozado y considerablemente ampliado, el grupo escolar cuya dirección dejó por su traslado a Las Palmas de Gran Canaria–, y descubrió en la fachada de la que había sido casa paterna, frente a la mentada escuela, una lápida dedicada a su progenitor: don Francisco Guillén del Toro, también maestro nacional y benefactor sin tasa del pueblo, por mor de su formidable magisterio y otros muchos humanitarios servicios dispensados a sus convecinos.

A la agrupación escolar de Tafira Alta, en la que don Francisco Guillén cerró medio siglo de insuperable y permanente servicio, se le dio su nombre. Pero iniciada la guerra civil, al parecer por su afiliación a Trabajadores de la Enseñanza, la lápida fue retirada del frontis de la que había sido su última escuela estatal.

¡Tremendo contrasentido! Porque el anciano, católico practicante y hombre de la derecha, padecía, además, en aquellos momentos, la ausencia no poco inquietante de dos jóvenes combatientes, voluntarios en la primera bandera canaria de Falange: sus únicos hijos. Gente del Movimiento quiso compensar el error y con intención de que el grupo recuperara su antiguo nombre, se consiguió trasladar a la escuela de Las Palmas el de “Calvo Sotelo”, que lo había sustituido. Mas, se consideró luego mejor dedicarle en Ciudad Alta una calle al maestro de Gáldar, junto a otras de compañeros

también ilustres, confluyentes en una “Plaza del Magisterio”. Esto acordó el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, del que había sido concejal el probo galdense. Acuerdo muy loable, si se hubiera cumplido.

A los seis años fuimos discípulos de don Francisco Guillén. La Graduada de Niños ocupaba salones de don José Padrón Mauricio, a espaldas del domicilio familiar de este caballero, padre de aquel Antonio Padrón que sería en el tiempo malogrado pintor de Gáldar.

Don Francisco, director, tenía a su cargo la sección primera. Don Mariano Alemán Estupiñán y don Baltasar Espinosa Perdomo servían las otras. Ambos llegaron solteros a Gáldar y vivieron un tiempo en la fonda de nuestros padres; don Mariano había nacido en Firgas, hijo del patricio de dicha villa que se llamó don Toribio Alemán, y don Baltasar era un alegre conejero de San Bartolomé de Lanzarote, “de los de bien cantar folías y saber darle al timple”.

Éramos alumno puntualísimo a clase. Mañana y tarde aguardábamos a la puerta la llegada siempre adelantada de don Francisco, para pasar el primero al... patio de recreo a recoger las riquísimas tamaras caídas de la esbelta palmera que escoltaban dos araucarias excelsas, competidoras de las que quieren besar nubes desde la Plaza de Santiago, arriba de los espesos laureles que brindaban apretada sombra a las remansadas tertulias de don Marcos Domínguez, don Juan Rodríguez Moreno, don Antonio Rodríguez Ríos Y otros sobresalientes conciudadanos. Cuando estas cosas, ya había ocurrido en la escuela, años antes, algo a cuenta de... Jonás y la ballena.

Tenía don Francisco a su cargo a los alumnos de la tercera sección, de la que formaban parte unos muchachos llamados Juan Ramírez Suárez, Juan Agustín Guzmán y Bartolomé Suárez Alemán. Y ocurrió que, a la semana o así de haberse referido nuestro protagonista al celeberrimo pasaje bíblico de Jonás arrojado vivo a la playa por la ballena que lo había tragado y mantenido en su vientre, volvió a referirse a esta especie marina, pero no ya por su sentido “histórico”, sino, más o menos, a esta guisa cuasi científica:

*—La ballena, mamífero con sangre caliente, pulmones y glándulas mamarias, es un cetáceo considerado como el más vigoroso nadador de los mares... A pesar de su enorme tamaño, pues tengan en cuenta que la ballena azul, considerada como el mayor de los animales vivientes, mide hasta treinta*

*metros de largo, ofrece la rara peculiaridad de que sólo puede alimentarse a base de pequeños organismos...*

Una voz clara y coñona retumbó enseguida desde los últimos bancos:

*–Entonces, don Francisco, ¿cómo pudo tragarse la ballena del otro día a Jonás?*

Repuesto sobre la marcha de la morrocotuda sorpresa, sin dar tiempo a que la clase “se le fuera de las manos”, el singular maestro cortó veloz y contundente la desafiante intervención del avisgado:

*–¡Ahí está el milagro! ¡¡Ahí!!*

Habíamos llegado a la “escuela del Rey” desde la enseñanza privada que impartían aquellas bondadosas maestritas que tanto bien sembraron en el pueblo y a las que corresponde evocar con el cariño que en vida nos tuvieron: Merceditas y Antoñita Delgado, hermanas de las tituladas doña Faustina y doña Encarnación, y tías de nuestros queridos amigos Andrés Ruiz Delgado –descollante compañero en las lides periodísticas– y su primo José Redondo –hijo de doña Faustina–, que puntualmente nos leía y animaba también a seguir “sesteando”...

Nos “apuntamos” a la escuela de Merceditas y su hermana tras haber merecido, con razón más que sobrada, las llamadas al orden en forma de cañazos “a distancia” de la inefable Remeditos, que por tres perras a la semana nos enseñó durante meses las cinco vocales y algunas consonantes. Y mucho fue, pues que ya tenía jaqueca bastante aquella mártir con cuidar, y a veces hasta “limpiar”, a la parca de mocosos parvulillos y parvulillas a sus expensas.

La memoria nos lleva a recordar a don Mariano Alemán siendo novio de la señorita Josefa Henríquez Molina, y a don Baltasar Espinosa de la señorita maestra Juana Lorenzo. Mentira nos parece este estar ahora mismo contemplando en su cuna de recién nacido a nuestro amigo el abogado José Alemán Henríquez, otro ido, cuando acompañamos a nuestra madre en su visita a ver al niño de doña Josefa, acabadita de dar a luz a ese su primogénito; el segundo varón sería Claudio, el ingeniero aeronáutico. Del otro matrimonio contamos con el afecto de Pedro Espinosa Lorenzo, el concertista de piano que redobla fama por esos mundos.

Otras tres secciones integraban el grupo de las niñas. Ocupaba en la calle de Santiago el remoto caserón que fuera hogar del capitán don Esteban Ruiz de Quesada, vivienda que perdura chorreando vejez. Centraba el empedrado patio, florido y con algún árbol semisecular, un estanquillo con peces rojos bordeado de juncos. Era su directora doña Adolfina Ramírez, y maestras, doña Dolores Évora y la precitada señorita Lorenzo.

Al tiempo casi que pasábamos a recibir enseñanza de don José Hernández Romero, el cura que nos hizo entrar en vereda, los grupos escolares se trasladaron a ocupar la casa conventual que habían desalojado a su marcha las Siervas de Jesús Sacramentado, ahora por segunda vez en Gáldar. Allí, adosadas al caserón del canónigo Aguilar, trasnieta del rey Guanarteme y mecenas del siglo XVII, continúan las primitivas escuelas bajo la denominación de Colegio Nacional Fernando Guanarteme y, tal cual exponíamos al principio, sobremanera ampliado y transformado el edificio.

Atrás nombramos a don Juan Ramírez Suárez, ex interventor del Cabildo Insular de Gran Canaria, obitado hace unos años. Como alumno sobresaliente de don Francisco Guillén le hicimos hablar del maestro, y de cuanto nos dijo reproducimos a pie de letra algunas de sus consideraciones:

–Prodigiosa era la habilidad de don Francisco; su arma más eficaz, que desplegaba veladamente, como acechando reacciones que prendía en vuelo para acoplarlas de súbito a cada situación válida a los logros que se proponía.

–Una vez interesado el alumno en el estudio, le sostenía ascendente mediante estimulaciones provocadas con tan asombrosa naturalidad que “su juego” pasaba inadvertido.

–Ya a su mano el niño, ganado además como amigo, le costaba poco aumentar su saber, aficionándole a lecturas propias de su edad o a coleccionar mariposas o sellos de correo, por ejemplo; cuando no le introducía en el mundo mágico de los trabajos manuales, o le hacía participar en íntimas representaciones teatrales.

–Don Francisco vivió intensamente su magisterio, restando tiempo, incluso, a sus obligaciones familiares. Era apasionado de veras su amor a la enseñanza.

–Aparte sus afanes de estudioso e investigador, abordó otros menesteres, por pura afición. Eran dignas de admirar sus artesanas muestras de fina carpintería, y sus fotografías de personas y paisajes, que él mismo ultimaba en el laboratorio que tenía instalado en su casa. En cuanto a sus dibujos, su famosa reproducción de la Cueva Pintada es buena prueba de su maestría. Y obra grandiosa y paciente, sin duda alguna, la maqueta de la ciudad de Las Palmas, con su catedral, calles y plazas fielmente reflejadas.

*–Fue hombre sencillo y cordial, de atrayente personalidad. Un caballero, en la escuela y en la calle.*

Al principio le abonaban a don Francisco ocho duros por su trabajo de todo un mes. Cobraba en el Ayuntamiento, donde no siempre le pagaban puntualmente. Un día le aumentaron 20 pesetas y quedó percibiendo dos pesetas diarias, los meses de treinta días. En el ocaso de su vida, estando de visita en su casa de la calle de San Marcos, le preguntamos:

*–¿Qué podía usted hacer con aquellos ocho duros mensuales?*

Su esposa, doña Sofía, que nos acompañaba, significativamente suspiró, al tiempo que inclinaba la cabeza como para que no viésemos la cara de espanto que se le había puesto. El admirado maestro nos contestó, con su calma habitual:

*–Mira... Cuando la escuela estaba en los salones de Pepito Padrón, subiendo de la Calle Larga para El Drago, muchas veces, a la salida de clase, me iba por el callejón de San Miguel y seguía por toda la calle del Agua abajo, derecho a mi casa. Atravesar el pueblo era exponerme a que me vieran desde tiendas en las que debía. Aunque nadie me decía nada, ni me apuraban para pagar; a mí me daba mucho reparo.*

No conocimos tan canuta, ni menos, la situación económica de don Francisco. En la época que brevemente fuimos su discípulo, aparte de que disfrutaba él mejor sueldo, tenía sus “cáidos”, siempre ganados muy honradamente. Es verdad que ya no eran tuyas las parcelas de La Quinta, la tierra aquella en que Guillén del Toro –además de maestro nacional encargado del Correo, casi “médico” y no sabemos cuántas cosas más– había permitido enterrar muertos el año del cólera. Parcelas de las que cedió parte más tarde su hijo Guillén Morales, para que el pueblo levantara con esfuerzo unánime la casa

que ocuparían las Siervas de Jesús Sacramentado durante su primera estancia en Gáldar.

Don Francisco se casó tres veces. Su primera esposa, doña Isabel Rodríguez, murió muy pronto, a consecuencia de su desafortunado primer parto. No quedó, pues, descendencia de este matrimonio.

Casó en segundas nupcias con doña Rosalía Martín de Aguilar. Cuatro hijos: Dolores, Francisco, José y Eulalia. La última murió muy joven y los varones fallecieron en Buenos Aires. Lolita fue la última en dejar este mundo, cuando había cumplido los noventa años de edad.

Tercera esposa: doña Sofía Jiménez Martínez. Hijos de este matrimonio, dos varones: Rafael y Alfredo. Vive Rafael. Doña Sofía sobrevivió a su esposo. Murió 15 años después.

Tan extraordinario maestro don Francisco Guillén y, extrañísimo, la única condecoración que pudo ostentar quien fue esencialmente trabajador de la enseñanza, a la que consagró su vida ejemplar, se la concedió el Ejército: Medalla al Mérito Militar con distintivo blanco.

Se le ofreció como reconocimiento a su especial organización en Gáldar y su notoria actividad durante los años en la comarca norte-izquierda de un cuerpo de Exploradores, formaciones de sentimiento castrense en boga por aquellas calendas. Justo es consignar que entre otras asistencias pudo contar don Francisco en esta misión con la ayuda valiosa y entusiasta del director de la banda de música galdense, don José Batista Martín. La medalla fue impuesta al maestro Guillén Morales en un emotivo acto público celebrado en Guía, donde radicaban a la sazón las primeras tropas de Infantería que estuvieron de guarnición en aquella ciudad. Dispuso don Francisco que a su muerte pasara su única condecoración a engrosar los recuerdos brindados por otros hijos de Gáldar al Apóstol Santiago. Lo que se cumplió.

Teníamos siete años y no estábamos entre los alumnos del grupo escolar cuando don Francisco Guillén Morales marchó de Gáldar por su traslado voluntario a Las Palmas, dejando en su entristecido pueblo la estela brillantísima de cuarenta años de servicio.

Quedó don Mariano de director, y maestros, don Baltasar y don Valentín Gómez Gil. Don Valentín, otro gran mentor nuestro años más tarde, proce-

día de la escuela de Taya. Se había echado novia a poco de llegar a Gáldar, años antes: la señorita Carmen Rodríguez Alemán, maestra después y de las buenas. Jesús Gómez Rodríguez, amigo y servidor del pueblo, es uno de los hijos de este matrimonio de feliz recordación.

En su algarabía al salir de clase, alguna vez oímos desafinar a la chiquillería:

*Don Mariano toca el piano  
y don Valentín el violín...  
Sale al patio don Baltasar  
y alegre se pone a bailar.*

Distintos tiempos. Sin prisa menos complicados. No hacía falta correr cerrojos en las casas canarias.

La primera escuela que el recordado maestro regentó en Las Palmas fue la unitaria de San Francisco, en la Alameda de Colón. Alumnos destacados, los hermanos Felipe, Santiago y Carmelo Carballo Vega y Miguel Lantigua González. Al distinguido comerciante lo abordamos un día, a la puerta de su establecimiento de la calle Lentini.

–*Era maestro y era como un padre* –rompió a decir el ya fallecido don Miguel. Y tras una pausa añadió, despaciosamente:

–*Nos atendía como alumnos y nos quería como hijos. Igual estaba al tanto de nuestros vaivenes como escolares que de nuestros problemas y necesidades en particular: Algo muy serio era don Francisco. Cosa de otro tiempo, diría yo. Nos hacía examinar y resolver por nuestra cuenta Las complicaciones que se nos presentaban. Con mucho talento nos obligaba a pensar y a discurrir. Estoy diciendo que nos instruía y a la vez nos enseñaba a ser hombres. Enemigo de castigos corporales, prefería siempre corregir por persuasión. Un “sermón” de don Francisco nos dolía mucho. En su escuela no tuve nunca que comprar un portaplumas, porque nos enseñó cómo hacerlo. Lo mismo nos adiestró a hacer nuestras carpetas y otras tantas cosas, pues era un artista en trabajos manuales. Más de una vez gané las dos pesetas que cada semana regalaba “de su bolsillo” al primero de La clase. Estoy recordando todo eso con emoción. Han pasado tantos años... Y parece que fue ayer:*



Terminó pronunciando el nombre de su maestro en términos precisos de reverenciada evocación:

*–Don Francisco...*

De esta escuela pasó Guillén Morales a servir a la unitaria de Tafira Alta, vacante por fallecimiento del excelente maestro que la regentaba, don Pablo Batllori y Lorenzo, hijo también de Gáldar y alumno que había sido de don Francisco. Y a éste le sustituyó en la de Las Palmas otro Francisco, hermano del fallecido don Pablo y, por supuesto, natural de Gáldar, y que igualmente había sido alumno de nuestro rememorado enseñante.

Avanzado el relato, digamos que seríamos muy desagradecidos, de veras, si excluyéramos del entorno de la etapa escolar que describimos la presencia de doña Eloísa Guillén Morales, ella tan celebrada en su ciudad natal por su admirada simpatía, personales decires y extremada bondad, a más de cuanto bueno parezca bien añadir al lector que la conoció.

¡Ay, qué golosinas las de doña Eloísa! Era repostera fina. Confeccionaba por encargo unos peces de almendra que... ¡ríanse ustedes de los de colores! Y unos pastelones altos y redondos, como torres de castillo, con almenas y todo, adornados con pastillas de variada policromía y sabores mil... “Clocantes” los llamaban... ¡Dichosos “clocantes”, lo buenos que eran! De alguno llegó a hurtar parte de su ornato don Francisco, para tener con qué premiar a sus alumnos, y luego venga a creer doña Eloísa que fuera travesura de sus sobrinos.

A menudo nos enviaba nuestra madre por el “clocante” encargado para regalo de compromiso. Sólo una vez, la primera, de una que era para el secretario del Ayuntamiento, don Juan Arencibia Rodríguez, osamos arrancar por el camino una pastilla y darle pellizcos a la masa. La “tuesta” que recibimos podría figurar en el prólogo de una posible “antología de grandes jaladas galdarenses”. En lo sucesivo, doña Eloísa nos ofrecía cada vez una pastilla y la misma innecesaria recomendación:

*–Toma para que no arranques ninguna por el camino y no te castigue tu madre.*

Doña Eloísa Guillén: presencia inalterable de nuestra infancia.

Licenciado en Filosofía y Letras, Sección de Pedagogía, por la Universidad Central, don Pedro Santana Sosa fue –lo escribimos al comenzar– otro alumno de don Francisco Guillén, en la escuela de Tafira Alta, cuando la madre del director del colegio “Jaime Balmes”, la maestra doña Adela Santana Enríquez, ejercía fructífera en el mismo lugar. Don Pedro ofició por escrito:

–A pesar de ya medio siglo transcurrido, don Francisco Guillén Morales sigue muy vivo en mi memoria; porque los hechos y las personas importantes y trascendentes en nuestra vida no se borran jamás en el recuerdo.

–Así también, y sin grandes esfuerzos para recordar, puedo resumir los rasgos más característicos de la personalidad de este gran maestro, dando preferencia a los que lo distinguieron en su vida profesional, ya que eso es lo que me han pedido; pero sin olvidar otra gran dedicación de su vida: la investigación de nuestro pasado prehispánico y su valiosa colaboración con la entidad El Museo Canario.

–El calificativo de gran maestro, perteneciente al grupo de los más destacados de la Historia de Canarias, no viene dado sólo por su larga vida dedicada a la docencia, sino por su gran autoridad y amor en el desempeño de su cometido educacional. Me refiero a su autoridad intelectual y moral, reflejo de su preocupación pública y privada. Su amor por la total entrega de su labor docente con aquella ilusión, alegría y gran compenetración con su siempre numeroso alumnado, que dada la gran fama y prestigio que siempre tuvo solía desbordar el número máximo de escolares que pudiera considerarse como límite en un maestro corriente, con el agravante de que su escuela era unitaria. Sin embargo, disponía de tiempo para enseñar a todos y a todos enseñó muy bien.

–Colaboró muchísimo en la modernización y perfeccionamiento de los métodos didácticos del Ayuntamiento de Las Palmas, en el que don Francisco Guillén hizo una demostración de enseñanza moderna con un grupo de sus alumnos, ante numerosísimos maestros que llenaron el recinto.

–Después de su labor docente se dedicaba a la investigación y formaba parte de una tertulia con otros colaboradores del Museo en el despacho de don José Moreno.

–Mucho aprendí de don Francisco en mis estudios básicos. Quizás influyó junto con mi madre en mi vocación pedagógica. Pero lo más que me ha

quedado impreso en mi alma por influencia de mi maestro es mi sentimiento patriótico, donde se aúnan, en forma complementaria, sin exclusiones ni competencias, mi amor a Canarias y a España.

Francisco Elías Guillén Morales nació el día 20 de julio de 1864. Sus padres, don Francisco Antonio y doña María Dolores; abuelos paternos, don Juan Guillén y doña Isabel del Toro, naturales de Santa Brigida; abuelos maternos, don José Morales y doña Lázara Rojas, naturales de Casillas del Ángel (Fuerteventura). Lo bautizó el señor beneficiado don Pedro Regalado Hernández y lo apadrinó don Cristóbal Ramos, de Agaete.

Fue maestro nacional a los 19 años. Actuó como tal durante cuarenta en su ciudad natal y once entre Las Palmas capital, y Tafira Alta. Ya jubilado, aún tuvo arrestos para dedicar otros cinco al Colegio Viera y Clavijo, por lo que ejerció su magisterio durante 56 años. Murió en 1953, faltándole uno para vivir noventa.

Tan poco tiempo fuimos alumno de don Francisco Guillén, y a tan tierna edad, que hubiese sido insuficiente aquel levísimo y lejano contacto para recordar, a tanta distancia, los aspectos de su vida y su obra que acabamos de servir, avalados por la colaboración estimable, y de mucho agradecer, de tres personas amigas, honorables y harto conocidas en el trajín de la ínsula, que fueron discípulos suyos también.

Nos ha valido que a través de los años, desde cuando muchachito andábamos en estudios académicos, frecuentamos trato con el maestro Guillén Morales y ganamos su aprecio. Él era amigo de nuestra familia y nosotros de sus hijos Rafael y Alfredo. De la guerra volvimos los tres con estrellas en el pecho.

Pero cuando realmente captamos la esencia de sus lecciones y de su vida fue siendo vecinos por Vegueta. Muchas veces acompañamos a don Francisco y a nuestro padre en sus casi diarios encuentros vespertinos, en el mismo banco de la Plaza de Santo Domingo. Con ochenta y tantos años por barba, los viejos conversaban sin prisas y nosotros escuchábamos muy a gusto sus recuerdos.

Se tenían en tal estima que se llamaban entre sí “Juan Pedrillo” y “Pancho, Panchillo”.

## Don Santiago Rosas, el gran médico catalán que llegó a Gáldar en 1904. Y se quedó para siempre.

En los años veinte todavía eran el cura, el médico y el maestro los personajes más mimados en nuestros pueblos. Salvo alguna muy rara y más que honrosa excepción –que dicen que la hubo–, los propios alcaldes quedaban relegados en el agasajo del vecindario, que parecía exclusividad de aquellos ilustrados.

Por las onomásticas del médico y del maestro, el agradecimiento particularísimo y espontáneo a sus servicios llenaba sus casas de presentes al uso. Desde el escogido recental o el sabrosísimo queso curado, la oronda gallina y los cestos de caña o mimbreros rebosando hermosos y frescos huevos, al delicioso “Pan de Rey”, los finos bizcochos con lustre o las bandejas colmadas de gustosas truchas de almendras, sus despensas armaban para una temporada.

Pero a este tenor no se volcaba igual la gente, sin embargo, respecto del cura. Fuera porque él tuviera predicado que la gula era pecado, por tenido en cuenta los fieles sus ayudas dominicales y otros “cáidos”, o porque entendieran ellos que los dones se reciben del Señor y no de sus ministros –éstos a su parte sin mujer ni hijos que engordar–, lo cierto es que el clérigo solía “arreguntar” menos el día de su santo. Menos decimos, que no poco.

No escapaba Gáldar al señalado imperativo de la docta e influyente trilogía. Lo prueba que al desembarcar en Las Palmas de la Gran Canaria su nuevo médico, don Santiago Rosas Fossas, en nombre de los galdenses le ofreció calurosa bienvenida una comisión del Ayuntamiento, desplazada *ex profeso* a recibirlo por más que fuera en ello de rigor soportar el polvo, los remenidos y otras fastidiosas resultantes de los ochenta kilómetros que redondeaban las etapas de un viaje sobre coche de caballos. Corría el año 1904... Y entonces, de Gáldar a la capital se invertía, en el camino, cuando menos, doble tiempo del que hoy separa a Las Palmas de Madrid.

Tenía 21 años el médico–cirujano cuando se incorporó a su destino. Venía de Barcelona, donde había nacido y realizado estudios. Percatado de la vacante le sedujo poder conocer de cerca estas nombradas islas, casi leyenda todavía en el camino de las Américas. Y embarcó rumbo al puerto de La Luz.

El joven catalán quedaría prendido de golpe en la sosegada democracia de un pueblo sencillo y generoso, en el que se comprendían y pactaban capital y trabajo, patrono y obrero, el más rico y el que por única fortuna tenía brazos para ganar su pan, el amor de cuatro surcos de millo y la leche de dos cabras para sus hijos. Porque pobres, lo que se dice pobres, nunca hubo en Gáldar.

En este pueblo acomodado, sin latifundios ni linajes, sin gente de arriba ni de abajo, sin amos ni criados, donde propietarios y trabajadores bebieron siempre “el pisco” juntos sin quiebra del respeto debido, quedó cautivo el recién llegado. Inmerso a su gusto en la laboriosidad, honradez y decorosas costumbres de una comunidad sana y transparente, noble y cordial, de abierto corazón, con raíces profundas de auténtica canariedad. Agáldar, eterna.

Sobre el mismo muelle a su llegada a la isla, entre los componentes de la comisión que acudió a recibirle conquistó ya dos grandes amistades, jamás turbadas: la del agrimensor don Manuel Auyanet Romero, creador, con su esposa doña Carmen Pérez Quesada, de una extensa y querida familia, y la de don Francisco Rodríguez Martín, padre, por matrimonio con doña María de la Concepción Batllori y Lorenzo, de los muy estimados hermanos Rodríguez Batllori.

Don Santiago vino soltero. Pasado un año volvería a su Cataluña para unirse ante Dios y hasta la muerte, con una casi niña gerundense de Tossa de Mar, llamada ella Rosa Surís Ribas. A la larga, aquel joven catalán quedaría hecho historia como médico, padre de médico y abuelo de médicos.

Don Enrique Blanco Sopera y don Francisco Samsó fueron en Gáldar los doctores inmediatamente anteriores a don Santiago Rosas. Don Enrique era de Cádiz y con él arribó a Gran Canaria otro hermano galeno, don Joaquín, que se quedó en Arucas. Don Francisco era catalán y estaba casado con doña Josefa Henríquez, a la que un día vistió de negro para largo. Este matrimonio habitó una casona de su propiedad sita en la calle del Pilar, inmueble que vino a ser casa-cuartel de la Guardia Civil desde que lo habilitaron para ello, allá por la II República.

A muy lejos del presente, viuda, anciana y solitaria la adinerada doña Josefa, sus salidas eran a la iglesia, a la que rindió ofrenda de ornamentos diversos y algún trono para la Semana Santa. Por las tardecitas recibía la

compañía de su contertulia ideal, doña Pino de Medina, madre del culto solterón don Manuel Anchuela, amigo donoso y servicial. Charlaban las señoras de cosas y de sus teclas junto a una de las ventanas bajas, a la que, en los ratos en que no había clientes en su recogido comercio de paquetería y regalos, se arribaba por la calle la bondadosísima Y sonriente doña María Delgado, vecina enfrente, para salpimentar una conversación mantenida hasta que Anchuela llegaba puntualísimo a recoger a su madre. El telón de la noche caía sobre la acción cuando doña Pino, apoyada en su hijo, se alejaba una vez más pasito a pasito y remando, al par que Mariquita atravesaba el empedrado en retirada a su tienda y “la Sansona” echaba taramelas a la ventana, hasta el otro día. A poco, el murciélagos tonto de otros crepúsculos toparía una vez más con el farol que “Pancho, el Platero” dejara encendido minutos antes en la esquina de maestro Pedro Monzón.

Estando en todo no podemos dejar de consignar que doña Josefa Henríquez, viuda de Samsó, hizo señalado favor al pueblo sin que fuera ello su intención, pues que habiendo mandado a edificar una espaciosa casa para vivirla no la dejó Dios disfrutarla y es la que ocupa en propiedad el Círculo de Instrucción, Cultura y Recreo, *La Amistad*.

Por cuanto al honorable don Enrique Blanco se refiere, sabemos que contrajo nupcias con la señorita galdense Josefa Hernández. De este matrimonio, que tenía casa en la calle de Santiago, bajando a la izquierda, nació don José Blanco Hernández, otro médico afamado y por vida residente en Santa María de Guía, donde ejerció además como director del hospital de San Roque, cargo en el que le sucedió con igual beneplácito del vecindario su hijo Enrique. Otros hijos médicos del galdense don José Blanco, Isidro, fallecido prematuramente en su ciudad natal, y Joaquín, éste ejerciendo en Las Palmas. No por fugaz será menos entrañable la alusión que nos corresponde hacer aquí del guinense caballero y amigo Isidro Blanco Hernández, número 13 entre los 527 alféreces provisionales de la promoción de la Academia de Infantería de Granada, salido de la Cartuja a los frentes en junio de 1937.

Lo mismo que don Santiago Rosas, don Enrique Blanco Sopera hace historia como médico, y padre y abuelo de médicos.

Entre las viviendas primeramente habitadas por el matrimonio Rosas en Gáldar cuenta la de estucada fachada cara a la Plaza de Santiago, obra el tal enlucido del fino y elogiado albañil maestro Salvador Padrón, fallecido en

Santa Cruz de Tenerife. Nos estamos refiriendo a la morada en que acabó mucho más tarde sus días el prohombre don José Quesada Mauricio, padre de dos alcaldes cuyos nombres nos place hacer constar: don José y don Juan Quesada Rodríguez. En los bajos de este edificio dispuso después don Miguel Quesada Saavedra, cuñado de los anteriores por esposo de la hermana de ellos llamada doña Carmen, la tipografía *El Norte*; tras la quiebra del Banco de Cataluña, que mantuvo sucursal en el mismo sitio.

Sin descendencia todavía –no llegó el primer hijo hasta pasados tres años– se mudó la pareja a nada más volver la esquina, una casa con tejado que persiste a la vera del Casino y se divisa desde la carretera al fondo de la calle larga del Capitán Quesada. La recordamos viviendo en ella con su familia don Juan Rodríguez López, antes, por supuesto, de que instalara tienda de comestibles y depósito de cereales don Manuel Estévez Aguiar, con su hijo Cristóbal al frente del negocio. En ese segundo domicilio recibieron don Santiago y doña Rosa a cuatro de sus hijos: Santiago, Montserrat, Francisco y Carmen, y de aquí pasaron a la casa grande de junto a la iglesia y frente a la Plaza que actualmente ocupan las regresadas Siervas de Jesús Sacramentado. En la planta de dicha casa que da a tres calles conocimos la única farmacia que por mucho tiempo hubo en el pueblo: la del licenciado don José Rodríguez Hernández, hijo del viejo alcalde don Francisco Rodríguez Lorenzo. Don José sería sustituido en la titularidad por un hermano más joven, don Sebastián, buen alcalde éste, como lo fuera su padre, de su ciudad natal. No dejaremos de consignar los nombres de otros hijos del señor Rodríguez Lorenzo, a los cuales conocimos y tratamos también: don Manuel, médico, y don Francisco, abogado. Ni dejaremos de mentar que los cuatro hermanos citados figuran entre los primeros universitarios de Gáldar, pueblo a la sazón de curas y maestros por ser las carreras más asequibles a los menos pudientes y para cuyo cumplimiento no era menester salir de la isla.

Punto y aparte para mención de interés. Cuando don Santiago Rosas Fossas llegó a Gáldar no había farmacia, al parecer. Fue él quien hizo venir a Canarias a su paisano don Juan Puig Serrat, primer farmacéutico, dicen, que tuvo la prehispanica corte. Cuando el señor Puig abandonó Gáldar para establecerse en el Puerto de La Luz, lo reemplazó, se nos asegura, el nombrado don José Rodríguez Hernández.

Y otro párrafo para apunte obligado. Recordar y exaltar a quien, humilde y silencioso, Y sin aspirar a más lauro que la satisfacción de cumplir como trabajador y padre, dedicó su vida al bien de sus conciudadanos. Don Francisco Rodríguez Y Rodríguez, “Panchito, el de la Botica”, fue auxiliar permanente, presto sin queja a atender a quien reclamara su servicio, en horas de trabajo o golpeando la puerta de su casa, fuera de noche o de madrugada; cuando se trabajaba en la rebotica porque el contenido de la receta había que elaborarlo a mortero. Seguiría sus pasos su hijo Santiago, en la misma farmacia pero a otro extremo de la Plaza, ya con nuevo licenciado y no siendo la única del pueblo.

Desde cuando habitaban la casa grande de junto a la iglesia guardamos conocimiento de don Santiago y su gente. Vivíamos a unos pasos, en la que hacía el número 4 de la calle del Apóstol, frente a la casona de don Enrique Blanco Sopera. La fonda de padre Juan Pedro ocupaba un antiguo edificio de planta única, propiedad del sacerdote don Enrique Báez y su hermano don Salustiano. Andando el tiempo abrió aquí comercio Antonio Batista Falcón, el más joven de los músicos Batista. Después, la piqueta no perdonaría ni el trasero huerto de nuestras diabluras primeras.

Pero los recuerdos más frescos de nuestros amigos los Rosas arrancan de cuando vivían por último la que había sido morada de don Vicente Matamala, al final de la calle Quintana y León. El espléndido jardín de esta mansión, con espesos frutales y el colorido de múltiples rosales y algunas aves exóticas, ya nos era conocido. Habíamos entrado muchos días a la casa por la huerta para llevarle el periódico al capellán de las Siervas. Al despedimos cariñoso, el cura solía acompañarnos hasta la puerta, donde nos gratificaba el servicio con una naranja que arrancaba de algún gajo al pasar.

La gran casa que don Santiago Rosas y los suyos vivieron ya con carácter definitivo en Gáldar, hacía esquina a la denominada Barbada, actualmente del maestro Guillén Morales. Tiene su historia esta mansión y la vamos a contar sobre la marcha y brevemente. Fue construida para albergar a las iteradas Siervas de Jesús Sacramentado en su primera estancia en Gáldar, pero resultó estrecha a los fines docentes de las hermanitas y se hizo obligado que el pueblo alzara el edificio conventual que ocuparon en parcelas de La Quinta cedidas por don Francisco Guillén Morales. El cura catalán don Vicente Matamala, que las había traído desde Buenos Aires y era de ellas consejero,



se la reservó entonces para domicilio suyo y en ella murió. Don Santiago compró a continuación esta espléndida casa que si, ciertamente, les resultó estrecha a las siervas, viene a ser casi un palacio por su amplitud.

Citaremos a varios de sus vecinos por las fechas aquellas, pues nos deleita enriquecer el relato de nuestros recuerdos con detalles de su entorno; con lo que redondeamos de paso el deseo de la fiel memoria que nos empuja y avala, a buen seguro, además, de que no faltará quien lo agradezca. Por la calle de Quintana y León, la casa de don Santiago tenía arrimo al huerto de la que vivían don Juan Guerra Domínguez y familia, padre de uno que llegó a ser alcalde, Nicolás, nominado sea el de la vara sin miramientos referidos a su rango por querer seguir llamándole con la confianza y el afecto de cuando éramos niños y después. En la misma calle, por la otra acera, moraban don José Rodríguez Martín y familia, siendo buena casa también la de este antiguo repartidor de las aguas de regadío, cargo en el que le sucediera su hijo Manuel, otro amigo desde la niñez de este escribidor. Por la Barbada y pegada al jardín del médico, la vivienda de don Juan Miranda Martín, padre de las hermanas Miranda, muy afectas a los Rosas y en verdad tenidas en nuestra estima. Más arriba, frente al convento hoy colegio nacional, entre las casas de don Francisco Montesdeoca y el señor Miranda, la que viviera con los suyos don Francisco Guillén. Y bajando por la acera del otro lado, los Ramírez, albañiles, padre e hijos, muy solicitados; “madre Concha”, la esposa del señor Zepa; don Martín Pérez y familia, y el marchante don Ignacio Rodríguez y la suya. Al canto de abajo, haciendo esquina, la tienda de don José Domínguez y su esposa doña Petronila Oliva, suegros al correr el tiempo de un simpático, honrado y afanoso peninsular, amigo antes y después de su paso por el campo de concentración, durante la guerra española del 36: Francisco Comín.

La entrada principal de la casa de don Santiago da a Quintana y León, y su despacho, medio clínica, estaba frente al gran salón en que cada domingo gozábamos de lo lindo presenciando las funciones de cine que, a perra gorda o chica la entrada, ofrecían sus hijos Santiago y Paco a chiquillos y galletones con su linterna mágica, primero, y después con un proyector que con el tiempo acabaría inservible en nuestras manos. A don Santiago y doña Rosa les divertía tomar asiento entre la menudencia, sobre todo los domingos que sus hijas y varias de sus amigas representaban comedias de su invención, que también

atraían a personas mayores allegadas a la familia, naturalmente. En estas ocasiones el espacioso salón rebosaba auditorio y expectación. Y aplausos.

*Coutumes árabes* era el título de un documental de quince minutos de duración que alguien trajo de Casablanca. Constituyó la peliculita todo un infantil acontecimiento y fue proyectada muchos domingos, a petición los primeros, y los siguientes porque no había otra. Tanto fue proyectada que nos aprendimos la acción de cabo a rabo, a extremo de no fallar un fotograma de las dichosas costumbres árabes. Al contemplar ahora en modernos documentales a todo color y sonoros las galopadas de moros a caballo o camello en dirección a la cámara y su frenar de pronto para levantar nubes de polvo con sus disparos a tierra, hemos gozado cada vez un latido emocional, como cuando niño éramos espectador asombrado de la misma escena, acurrucadito entre amigos, de los que la mayoría ya se nos fueron: José Ojeda Padrón, Ignacio y Juan Batista Pérez, Antonio y Aquilino Auyanet Pérez, Jacob Montesdeoca Martín, José Redondo Delgado, Antonio Mauricio Estévez, Juan Padrón Mauricio, Isidro Vera Suárez, Antonio Rodríguez Pérez, Juan Mendoza Padrón, Cristóbal y Antonio Mendoza Tovar, Francisco Artilles Navarro, Rafael y Alfredo Guillén Jiménez, José y Francisco Ramos Castillo, Agustín del Río Aríñez, Francisco y Rafael Romero Rodríguez, Pedro Ramos Estévez, José y Juan Molina Ruiz, Marcial Espinosa Perdomo...

Don Santiago Rosas recetaba en su despacho y a domicilio, cobrando tres pesetas con cincuenta céntimos en ambos casos. Pero había empezado cobrando una peseta y veinticinco céntimos, equivalente del antiguo y popular “tostón”. Combatía todos los males de sus pacientes, ya vivieran en el casco o en los barrios, en tierra llana o ladera, llegara hasta ellos a pie o sobre caballo, con solo bajo lluvia. Tuvo enfermos en Agaete y, trasladándose por mar a falta de carretera, atendió a no pocos en San Nicolás de Tolentino. Ganó tiempo y ahorró fatiga cuando dispuso del “fotingo”, que jamás supo conducir como su hija Rosa, su auxiliar en muchos desplazamientos. Lo que tenía de médico extraordinario pecaba de mal conductor de automóviles, que ya es decir. Cuando él se disponía a arrancar con su “Ford” había que quitarse de delante y de detrás, pues nunca se sabía para donde iba a salir ni contra qué iba a chocar en sus incontroladas e impetuosas arrancadas, que la cosa iba de cómico rancio.

Médico para todo, en su consulta le vimos amputar algún dedo, a domicilio practicar complicadas curas en feas heridas, auxiliar sobre la marcha a accidentados que evacuaría veloz a otras manos y mejores medios, y, como forense, llevar a cabo autopsias. Trabajó lo suyo y salvó muchas vidas.

Algo distraído en el vestir y tremendamente sincero. Sencillo, honesto y formal, como todo catalán que se estime. Llamaba pan al pan y al vino por su nombre. No se andaba con rodeos, no, ni con chiquitas al enjuiciar, reprender o defenderse. Cantaba las verdades al más pintado y proseguía tan tranquilo en lo suyo. Por contra, puntual y justo, no negó su parabién a quien lo mereciera. Amó con fuerza a su profesión y a su familia. Fue esposo y padre virtuoso sin duda que valga. Su tiempo era para su hogar, sus enfermos y su diaria visita a la casa de Dios.

Viudo a los veinte años de casado, vistió de negro hasta su muerte, y hasta entonces respetó a todo evento la memoria de su esposa, fallecida a resultas de un parto malogrado la víspera del día de las Mercedes de 1925, a los 36 años de edad. Gáldar hizo suya esta muerte y al dolor general se sumaron Guía y Agaete. Estamos viendo el gentío llevando a hombros a la joven señora camino del viejo cementerio... Detenemos la pluma, porque por Dios que lágrimas del ayer nos velan la evocación. ¡Qué gran verdad que escribir es que le dejen a uno llorar y reír a solas!

Una primera anécdota, de hombre sincero:

Cierta paciente acudía diariamente a su consulta porque tenía que observarla con tal frecuencia y tomarle la temperatura cada vez. Un día en que tras observarla no le “pesó” la fiebre, la mujer le avisó:

*—¿Hoy no me toma la temperatura, don Santiago?*

*—Lo haré mañana... Si me traes el termómetro que te llevaste ayer.*

Otra, de hombre formal y resuelto, sin rodeos:

Había echado de menos un bonito e inconfundible martillo al que le tenía especial aprecio, por tratarse de un obsequio de su citado gran amigo señor Ayanet Romero. Buscado que lo hubo por todas partes sin resultado positivo, un día, al pasar ante determinada casa y mirar hacia adentro por casualidad, lo vio sobre una mesita. Pasó, dio los buenos días, agarró el martillo

y salió diciendo adiós. Cuando contó en su casa lo sucedido, una de las hijas repuso, escandalizada:

*–Pero, papá... ¿Fuiste capaz de hacer eso?*

*–Sólo cogí lo mío. ¡Que me denuncien si pueden!*

Y la tercera, demostrativa de su buen humor:

Había terminado la guerra civil. Las cartillas de racionamiento estaban en todo su apogeo y la escasez de alimentos era abrumadora. Una buena mujer se presentó en la consulta con su joven hija:

*–¡Ay, don Santiago, que ya no sé qué hasé con´esta niña, que no me quiere comé naíta de ninguna de las maneras!*

*–¿Y eso te aflige, criatura? ¡Como está la cosa esta muchacha es una lotería!*

En sus hijos y en sus nietos y bisnietos prendió el fulgor de su ejemplo formidable, como hombre y médico. Honraron su memoria Santiago y Antonio, muertos ambos al servicio de su pueblo, como maestro nacional el mayor de sus hijos, y veterinario y alcalde inolvidable el más joven de los varones. La veneran sus hijas Montserrat, Carmen, Rosa y Mercedes, la enaltecieron hasta su fallecimiento su hijo y nieto médicos (padre e hijo) llamados Francisco Rosas Surís y Cesáreo Rosas Rodríguez, y prosiguen honrándola sus nietos Santiago y Antonio Rosas Romero, Rosa–Nieves León Rosas y Santiago Estévez Rosas. Esencialmente, la familia toda rinde culto al recuerdo de aquel joven catalán que un día llegó a Gáldar y se quedó para siempre.

Llevaba don Santiago pocos días en el pueblo y tuvo que buscar a solas por las afueras el domicilio de un enfermo. Había dado algunas vueltas infructuosamente cuando entabló diálogo con un anciano:

*–¿Sabe usted, buen hombre, dónde vive don Manuel Sánchez?*

*–No le digo, usté.*

*–¿Por qué no me dice?*

*–Porque si le digo, le engaño, cristiano.*

*–No entiendo que quiera usted engañarme... Don Manuel Sánchez. Vive por aquí...*

*–¿Y no sabe cómo le disen? El dichete, digo yo.*

*–No sé de que me habla, señor.*

*–Pos' en güena fe que maldito si sé enónde vive, caballero.*

Relató muchas veces don Santiago Rosas este gracioso sucedido que, si en principio lo dejó perplejo, terminó causándole honda huella. Y lo prueba que se complaciera en recordarlo y quisiera en ocasiones expresarse “en canario”.

En sus días postreros recibió la visita de cientos de galdenses. Uno de estos días, al salir de su aposento el último de los visitantes de la jornada, refiriéndose al mismo y mirando desde la cama a su hija Rosa, comentó:

*–Hijita... No me güele a naíta güeno la visita del supulturero...*

Esto dijo a sabiendas de que su mal no tenía remedio. Si sería grande la entereza y cristiana resignación de aquel padre amoroso que dejó este mundo el 4 de febrero del año 1951.

### **Don Diego Mesa y López, un canario original que las tenía prontas.**

Sí, amigos, y muy prontas que las tenía don Diego Mesa y López, otro gran canario de antología cuyo recuerdo permanece. Para que vean cómo se las gastaba le abrimos camino en nuestro público homenaje con una de sus muchísimas irrefutables pruebas de genialidad.

En plena guerra civil, cuando había que tener mucho cuidado con lo que se decía, pasó un cliente por su despacho de procurador de los Tribunales a recoger cierto documento que nuestro hombre le tenía diligenciado. Leído lo escrito por el propio interesado, éste aprobó:

*–Perfecto. Es lo que yo quería don Diego.*

Mas, porque a primera vista hubo echado de menos en el documento determinadas expresiones obligadas por decreto en aquella época, añadió, seguidamente:

*–Pero, ¿esto no lleva ¡Arriba España! y II Año Triunfal?*

Don Diego se mostró tajante:

*–Arriba sólo lleva una póliza de tres pesetas.*

Siendo alcalde de la ciudad don Felipe Massieu y Falcón, y a seguido con don Cristóbal Bravo de Laguna al frente de la corporación, don Diego ocupó la plaza de inspector de la policía municipal. Parece que le favoreció a ganar-la que, sin descubrir de qué medios se valdría para lograrlo, prometió:

*–Si me dan el cargo acabaré con el bandidaje.*

Las Palmas de Gran Canaria solamente constituía un pueblo grande todavía, que contaba para el mantenimiento del orden con apenas más allá de dos docenas de guardias municipales, llamados “de Seguridad”. Y era de ver por ende que la paz ciudadana se sentía a menudo ultrajada por gusto de unos cuantos mataperros de nefasta popularidad; aunque casi nunca llegaba la sangre a la marea, que allá en aquellos tiempos que decimos no se osaba asesinar una noche cualquiera a ningún honrado padre de familia para robarle cuatro cuartos.

Acabó don Diego con pleitistas y ladronzuelos. ¿Saben cómo? ¡Metiéndolos de guardias! De esta guisa los hizo gente y descubrió de paso, por aquello de que la cuña del mismo palo es la que más aprieta, a otros sujetos de cuya solapada delincuencia no se tenía noticia.

Y vaya la tercera, referida a cuando apareció en el Cuartelillo un guardia portando una gallina, seguido por dos mujeres que discutían acaloradamente la propiedad de la ponedora. Acallando autoritario la disputa, imponiendo veda a los insultos que se dedicaban las litigantes, dio don Diego Mesa en actuar “a lo Salomón”, pero menos. Situado entre las mujeres, le ordenó al agente:

*–Llévese la gallina y suéltela en la calle donde viven estas señoras. Si la casa donde primero se meta es la de “aquí”, suya será la gallina. Pero si entra primero en la de “acá”, entonces será de ella la plumípeda. ¿Estamos? Pues acabe el escándalo y cúmplase lo que ordeno.*

Derecho a otros asuntos abandona don Diego la estancia cuando, luego del consabido rascado de testa, arguyole el guardia:

*–Y si el animalito no entra en ninguna de las dos casas, ¿le doy la mitad a cada una, don Diego?*

*–En tal caso, me la lleva enterita a mi domicilio.*

Pero don Diego Mesa y López no fue sólo anécdota. Son primordialmente sus cualidades humanas las que lo erigen acreedor a la glosa que estamos rindiendo a su memoria con muy vivo afecto y férvida admiración. Ya se verá que fue servidor de su pueblo, arriesgando incluso la vida.

Era hijo de don Diego Mesa de León y de doña Luisa López Massieu, hija ésta de don Antonio López Botas. Del matrimonio Mesa–López nacieron también doña María, primera de los hermanos en venir al mundo y última en dejarlo al cabo de vivir más de noventa años; doña Concepción; don Antonio, administrador que fue del hospital de San Martín y presidente de la Filarmónica; don José, abogado prestigioso, político destacado, alcalde de la ciudad y diputado a Cortes, a quien recuerda la avenida de su nombre; don Rafael, ilustre bohemio, periodista de lucha, escritor y traductor; don Luis, y don Alfonso Mesa y López. Al fallecimiento prematuro de doña Luisa, su hija doña María la suplió en el cariño y el cuidado de sus hermanos con verdadera puntualidad y voluntario sacrificio. Hijo de esta enaltecida dama fue el apreciado y culto letrado don Diego Cambreleg Mesa, llorado valor punta del foro canario y defensor ardiente de su tierra desde la cabecera de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Don Diego Mesa y López fue director del famoso y siempre exaltado Colegio de San Agustín, en el que se formaban bachilleres por no existir todavía instituto de enseñanza media. Por este centro pasaron infinidad de jóvenes que al término de las carreras escogidas empezarían a dar gloria a sus lares. Don Benito Pérez Galdós fue alumno del Colegio de San Agustín, en el que don Diego Mesa y López llegaría a colaborar con su padre en tareas de profesor.

También fue periodista nuestro recordado. Fundó y dirigió el diario El Liberal, que cobijó en sus páginas los florecidos ímpetus de Tomás Morales, Rafael Romero, Saulo Torón, Claudio de la Torre...

Durante la República, estando en vigor los Jurados Mixtos, don Diego compareció a defender a un obrero frente a su patrón. Inició su informe más o menos de este modo:

*–Otra vez el típico abuso del capital sobre el trabajo. Otra vez la inhumanidad del poderoso, del rico que quiere aplastar al pobre.*

El patrón interrumpió airado:

*–Señor magistrado...*

*–Siéntese y espere su turno.*

Don Diego prosiguió.

*–Patronos que exigen a sus obreros trabajar de sol a sol por un mísero jornal...*

Nueva empecinada del aludido y posterior recomendación del magistrado. Y don Diego a lo suyo:

*–No se debe seguir permitiendo que gente sin conciencia pretenda ampararse en la justicia para disimular sus inadmisibles instintos. No es de cristiano, señor magistrado, chuparle la sangre a quienes trabajan sin ganar lo necesario para comer ellos y poder alimentar a los suyos.*

Ahora sí se volvió loco el patrón:

*–Señor magistrado... Lo que está diciendo don Diego ¡no se dice ni en Rusia!*

En tanto el magistrado le ordenaba otra vez que se sentara, don Diego Mesa sentenció, parsimonioso y original:

*–También se dice, amigo mío, también se dice. Lo que pasa es que, como el idioma de esa gente es tan raro, no se entiende.*

Casado con doña Francisca Suárez Quesada, fue padre de cinco hijos, ya fallecidos: Diego, notable ingeniero; Luis, inolvidable "Bibí", y Pepe, el gran defensa del fútbol español, al que una lesión grave le impidió llegara internacional en vísperas de su indiscutible alineación. Y dos hermanas: Conchita y Paquita, ésta con los honores de haber sido primerísima figura de nuestro



teatro insular, en estimación unánime la más personal y sugerente de su historia, en su doble faceta de actriz y directora.

Con visión de futuro don Diego montó en Las Palmas la primera empresa de automóviles de alquiler, provista de siete modelos "Ford" con su conductor correspondiente. Pero el negocio se le vendría abajo debido a que, si bien los coches eran muy solicitados, mal le lloverían los fiados. Tuvo más suerte en lo que respecta a la fundación de la patronal de Guaguas, a la que dio notorio impulso su presidencia.

El año de la peste, desde su posición de jefe de la Guardia de Seguridad, fue ejemplar cumplidor de su deber, desvelándose como el que más en servicio de la población. No satisfecho con dirigir a sus agentes, él mismo transportó muertos a hombros, sin temor a contagios. Y cuando el famoso crimen cometido en los Pinos de Gáldar, fue él quien descubrió y detuvo a los asesinos del farmacéutico alicantino, que resultaron ser un falso médico alemán y cierto compatriota suyo, de oficio carnicero.

Gran aficionado a la música, como todos los Mesa, organizaba fiestas en su domicilio para agasajo de los divos y divas que desfilaban por el Teatro Pérez Galdós.

Vivió con los pies en el suelo, viéndolas venir y siendo sincero. Inteligente y sagaz, además de culto, se hacía difícilísimo embarullarlo, por no decir imposible. Parecía inflexible, pero era comprensivo y humano; aunque a veces pareciera lo contrario. De él llegamos a oír en voz de hombres de curia que era más diestro en leyes que algunos abogados.

Su primera enfermedad fue también la última. Unos días le bastaron para irse a la tumba, el 31 de julio de 1954, a los 72 años de edad.

Miguel parece que se llamaba el guardia enlace de don Diego, puntual en el zaguán de su jefe cuando éste vivía en la casa número 15, que él edificó, en la calle que lleva el nombre de su padre. Solía deambular por ella un célebre Baldomero muy dado al ron y a escandalizar bajo sus efectos, por lo que don Diego lo mandaba a encerrar un día sí y al otro también. Miguel se lo llevaba al Cuartelillo, donde le pegaban una ducha y eso. Y así, la de días que lo enchiqueraron, incluidos los festivos. Pero una mañana, el hombre se presentó lavado, afeitado, planchado, silencioso, respetuoso y sin gota de ron fresco en las tripas. Daba gusto verlo y bobería es decir que fue grande la

sorpresa de don Diego, al balcón, y de su guardia, a la entrada del zaguán. Pasó de largo el muy “sorpresivo”, no sin dirigir una mirada a lo alto, seguida de una sonrisita de incorrecto significado. Ello bastó para que de pronto:

–¡Miguel! ¡Enciérramelo!

El pobre Baldomero saltó indignado:

–¿Hoy, por cuaslo, consio? Voy como la gente y no tiene por qué encerrarme. ¡A mí no t’arrimes Migué, mira que m’esgrasio! ¡A mí no hay quien m’enchirone hoy porque le siego el pescueso! ¡ Yo no’stoy borracho hoy!

Don Diego insistió:

–¡Cógelo, Miguel!

Y dirigiéndose a “su cliente”, concluyó inapelable:

–¡Esta vez te enchirono por lo que vas pensando, bandolero!

Don Diego Mesa y López... Nos gustaba contemplarle por Lentini abajo, hacia el Teatro. Limpísimo y perfumado, saboreando el sempiterno habano desde su impecable atuendo de seda cruda, con jipijapa y bastón de afilegrado puño; el brazo dado a la madre listísima que le buscó a sus hijos.

Don Diego Mesa y López... Un canario original que hizo época en el acontecer de su ciudad natal.

## Unas pocas de las mil historias de maestro Juan Cubas

Bueno será advertir de entrada al lector que no deberá “asoplarse” si echare en cuenta, entre las historias que aquí contamos, alguna que tuviere leída. En buena fe que de todas y muchas más fue protagonista el personaje que en este capítulo comparece.

Pasó, en otro tiempo, que siendo el que escribe uno de los amigos de Pancho Guerra que le suministraban “material” para sus famosos cuentos, algunos de los “golpes” que conocíamos del galdense maestro Juan Cubas pasaron al haber del imaginario “Pepe Monagas”; sin que recordemos, a esta punta de los tantísimos años transcurridos, cuáles fueron.

Por supuesto que de darse el caso que avisamos, nuestro maestro Juan y el lector saldrían perdiendo. Pues que del llorado amigo Pancho, su gracia, además de infinita, era única, y su prosa, extraordinaria.

Conocimos a maestro Juan Cubas cuando vivía y tenía tienda en una casa de la calle Aljirofe, próxima al “Huerto Misterioso” de nuestras infantiles correrías. Para más señas, hacía esquina la tal vivienda a la calle Barranquillo, así llamada porque, traspasando de un puente su ojo –casi siempre legañoso– iba a parar la pésimamente empedrada vía al caserío de ese nombre, fama de lugar propicio a transitorios “cuerpo a cuerpo” de impúdicos amoríos.

De las al uso más corriente, no era de las peores la tienda de maestro Juan, que habíalas que daba pena entrar en ellas, dicho sea de pasada y sin señalar. Por el retrato que bien guardado tenemos en memoria, “pisco” arriba o abajo, así venía a ser la que nos ocupa:

Una calabaza grande, enseñando su amarillo intenso, a la esquina izquierda, entrando, del mostrador “de remeneo”, y más al centro, la balanza de grande y cóncava bandeja. Un par de estanterías formando ángulo, con heterogénea y abundante muestra, pues desde las libras de chocolate, los paquetes de velas y cartuchos de papel amarillo con fideos, a las ruedas de redondos envases de cigarrillos “virginios” y la picadura de cachimba, atrás va dejando la vista en su panorámica las gaseosas de boliche formando tropa, un frasco de pastillas de limón de las de a tres por una perra, otro mediado de rapaduras canelas, latas variadas de sardinas en conserva, unos cuantos ovillos de hilo “de cometa”, unas latas de galletas “María”... Y basta, que tan prolijo como innecesario sería ultimar el asiento de tanta cosa. Aunque tendremos que seguir en la tienda para redondear el escenario de la “caída de presentación”.

Repartidos por la estancia, dos garrafrones de vino, un saco de papas, con millo otro, y un tercero rebosando cebollas encarnadas de las parcelas del Cabuco, arrimado a una caja con tomates maduros de los surcos de Las Cruces. Dividido por mitad, portando garbanzos y judías a partes iguales, un cajón mantenido en cuatro patas, y a su pie, con las bocas remangadas, un saquito de arpillera con café “de caracolillo”, y dos de tela blanca, con arroz del más limpio y azúcar cubana, éste segundo sobre un cuadro de tabla tenien-

do sus esquinas descansadas en recipientes que contuvieron betún y ahora petróleo que veda el paso de las hormigas.

Cerca de la puerta al patio, o a las habitaciones de la casa –que desde los muchos años llovidos no alcanzamos a ver del todo bien–, el bidón grande del aceite “de comer”, y justo al lado, sobre mesa en buen sitio, una lata de aceitunas sevillanas; de higos pasados, abierta, una “raposa”; de muy jugosos dátiles, una caja; fresquitas que dan gusto, las sardinas de barrica en prensadas espirales, y una pirámide truncada de alargados envases de legítima guayaba.

Afuera del mostrador, por donde el público espera ser servido, más allá de un banquillo donde algún contertulio se sienta, dos bidoncillos con petróleo, para las “cocinillas de fuchi–fuchi”; otro con carburo, para las luces “de pitorro”, y dos sacos llenos de carbón de pino, para las planchas aquellas que mataron de vergüenza las automáticas actuales.

Por donde una ristra de ajos pende arrente de un almanaque de hojas reviradas, destaca, sobre dos burras que se afianzan en cierto mueble, un tonelito para no más de diez litros de aguardiente antillano.

Para mirar a un chico que entra corriendo y jadeante, levanta maestro Juan la vista de la página de sucesos del diario *La Provincia*:

*–Juanito... Mastro Juá... Esto... Mire... Que dise mi pá... ¡Ay, co, qué cansao vengo! Que de parte mi padre mespache en la botella seis copas de ron de barriquilla. Pero que alojo no, 'sino que me lo mida separao, copa a copa...*

Frunce el ceño maestro Juan, pero “se traga el paquete” sin resollar. Recoge silencioso la botella que le entrega el chiquillo y se dispone a despacharle. Mas, al hacerlo, se le viene de proa el barriquillo, cantando que el líquido ya no es mucho. Se detiene en su función, medita, deja volver el recipiente a su horizontal, y regresa de repente al mostrador:

*–Mi niño... Toma tu botella, querido. Ya tu padre le dises que sintiéndolo mucho, no le mando el ron. ¡Porque me queda poco y lo quiero pa mí!*

Quien trataba a maestro Juan acababa siendo su amigo. Que era sano de corazón y bien hablado aquel tipo extraordinario, gordinflón y despatarra-

do. Vivió a su aire; fue un coñón de primera. Pero noble “hasta dejar en el plato”, era incapaz de incordiar, de ofender, mucho menos. Brusco en sinceridad, clarito como el agua de la pila, no tenía su baraja más cartas que las que viraba.

Respetaba para que lo respetaran. Nadie podrá decir que en su vida mofa hiciera de alguien que él mismo no fuera. Hombre de bien y sobradas luces, por no entender de complejos, a veces a costa de su propio infortunio supo ser feliz haciendo reír a los demás.

Sus ocurrencias no sólo dieron la vuelta al mundo ínfimo de nuestra isla. Volaron mares a otras orillas y aun vigentes están en las tertulias. Todo el pueblo lo quería; el pueblo todo lo recuerda.

Empezaba el año 1937 cuando se quedó Gáldar sin la única célebre fonda de tantos años; la que era de nuestra familia. Para comer había algunos bares, pero el foráneo no tuvo ya donde pernoctar. Hasta que a maestro Juan se le ocurrió establecerse por su cuenta a la punta arriba de la calle del Moral, a mano izquierda entrando al pueblo.

A alguien sin duda legalmente establecido debió perjudicarle que el éxito sonriera a nuestro hombre, porque un día, a la hora en que más lleno solía estar el comedor, pidió permiso para entrar en la casa un guardia municipal:

*–¿Se puede, maestro Juan?*

*–Adelante, caballero. Bienvenida sea la autoridad.*

*–Pues viene mal venida, que vengo porque ha sido denunciado y me mandan pa informá.*

*–¿Qué m'está disiendo , cristiano? ¿Denunciado yo? ¿Y por qué, si se puede sabé?*

*–¿Le parese poco abrir esta industria sin echá ningún papé?*

*–Mentira no es que todavía no anduve los pasos.*

*–Juanito... Mientras se pudo, escapó. Pero ahora hay denuncia y la cosa cambia. Dise qu'está usted dando de comé...*

–¿Eso dise la denunsia?

–Sí señó.

–Venga pa dentro conmigo. Haga el favó.

Pasan los interlocutores al comedor y maestro Juan, aclarándose la voz, se dirige a los comensales:

–*Se me acusa, señores, de que estoy dando de comé. Yeso, creo yo, es una batata. No me dilato porque se les enfría la sopa. Sólo pregunto y que contesten la verdá les pido. ¿Hay alguno aquí que no pague?*

El comedor se llenó de voces: “Por semanas lo hago yo”, “Y yo a diario”, “Yo pago cada vez que como”...

–*Basta, señores. A todos muchas gracias y que aproveche el caldo –agradeció maestro Juan, y dirigiéndose al asombrado guardia, concluyó:*

–*¿Lo oyó usted, caballero? ¡Pues vaya y dígame a quien lo mandó que Juan Cubas Pérez no está dando de comé!*

Vino al mundo en los riscos guardianes de Gáldar. Pero no patinó mucho las basálticas moles, ni embarró sus botas en las húmedas tierras “d’allá ría”. Empezó su fama de joven en el pueblo, cuando vivía con sus padres, Chó Juan Jesús y Chá María del Carmen, en el molino de Las Majadillas.

Era albañil, como más adelante se verá, y luchador fino. De los auténticos de la pila galdense, cosa linda, caballeros, era su “viradilla”. Otra época más brillante, o más sencilla, de nuestra lucha secular: tiempos del “agarre como quiera”, mano a la espalda a la voz de “ya”... ¡y a luchar dos hombres!

Encontró compañera ideal en Leandrita Cárdenes. Natural de Firgas ella, fue esposa de buen llevar las andadas de su marido, y madre amante de sus hijos. Debió adivinar a su tiempo maestro Juan la clase de mujer que era, pues la noche de la boda, celebrada en Buen Lugar, parece ser que ya lo reconocía, al “rascarse” sincero una folía con mucha gracia improvisada:

*En alto nido yo nací,  
volando busqué mi suerte.  
Porque en Buen Lugar “caí”,  
mujer tendré hasta la muerte.*

Por mor de no sabemos qué achaques, hubo de acudir maestro Juan a la consulta del doctor Martínón.

*–Aquí vengo, don José, que no sé qué contra me pasa. Puntadas por este lado y puntadas por este otro, lo sierto es que jeringada tengo la carrosería.*

*–La cosa está muy clara, maestro Juan. Está usted muy grueso y come demasiado. Coma menos y muévase más.*

Y como don José –hombre llano y con buen humor– sabía con quien “se las gastaba”, añadió:

*–Un día lléguese hasta Guía, y al siguiente un poco más allá...*

*–¿Hasta Llano Alegre, don José?*

*–Bueno está.*

*–¿Y al otro día?*

*–Vaya hasta Sardina y al otro, hasta Agaete.*

*–¿Y ya está, don José?*

*–Ya está, maestro Juan.*

*–¿Y píldoras yeso, no?*

*–Lo dicho y nada más. Repita los paseos durante todo el mes.*

*–¿Los domingos también?*

*–Para pasear es el domingo el mejor día. Haga lo que le he dicho y vuelva a verme.*

*–Bueno... Pues quede con Dios, don José.*

*–Vaya con Él, maestro Juan.*

Ya en la puerta, con la mano en la perilla del picaporte, reviróse pensativo nuestro amigo:

*–Don José...*

*–Diga, maestro Juan...*

*–Estoy pensando... Digo yo que... ¿Y las perras pal coche?*

Esta otra es de cuando tuvo maestro Juan Cubas un cafetín, mucho antes de la fonda. Recalaron un día por allí tres amigos con su guitarra, al parecer “metidos en bolea”. Pidieron “una corrida”, luego otra, y enseguida, la tercera. A maestro Juan, que las vio venir hasta en la hora de su muerte, empezó a no gustarle aquello por la forma de conducirse de los individuos, y allá que pudo, “curándose en salud”, situó a buen recaudo el instrumento, ocultándolo bajo el mostrador.

Llegó, como esperaba, lo que tenía que llegar. Fuera por las copas o por oír a maestro Juan, a la hora de pagar los del trío se mostraron disconformes con la cuenta que les pasó: algo así como veintidós pesetas, por nueve rones y otros tantos “enyesques” de cocina, más el costo de un vaso que rompieron “con sus gracias”. Entraron en discusión y no hubo acuerdo, peor que nada porque habiendo empezado de broma llegaron a calentarse. Se fueron sin pagar los de las copas y el cantinero se quedó con la guitarra, convencido de que regresarían para arreglar como amigos. Pero aquéllos no se anduvieron con chiquitas y marcharon al cuartel de la Guardia Civil. Oídos que fueron por el comandante del puesto, conocedor de que eran buena gente los denunciadores y “pan de Agüimes” el denunciado, optó por acuerdo a las buenas, y a un guardia joven, recién incorporado, le ordenó avisara a maestro Juan que se acercase un momento al cuartel, llevando la guitarra. Mas, “sea por lo que fuere”, el guardia se dejó de rodeos y le espetó de entrada al reclamado:

*–Maestro, ¡coja la guitarra y acompañeme!*

*–¡Esta sí que es buena! Usté, peninsulá, no canta ¡olías; yo, canario, no toco flamenco... ¿Cómo quiere que le acompañe, cristiano?*

Ya hemos dicho que nuestro protagonista fue albañil. De “sus golpes” como tal, relataremos el que sigue:

Habíase derrumbado, de vieja, cierta pared del cementerio de un lugar de medianías. Salió a subasta la construcción de la nueva, y maestro Juan, siempre sin perras, se hizo por necesidad con la obra por un costo que asombró a sus oponentes. ¡Usté tá loco!, le dijeron. Como si no lo supieran.

Comenzó el trabajo ayudado por un peón de su confianza. Entre que él no tenía un céntimo y que nada le habían adelantado, y que además se había quedado muy por debajo del valor de una pared decente, más que nada a base



de piedras y barro fue saliendo. Pero no había contado el hombre con el viento de abajo que se le metió estando a punto de rematar la obra. Le faltaban los últimos teniques cuando el muro, señores, comenzó a flamear con más fuerza que la vela del "Porteño" en una tumbada. Dándole prisa al peón y redoblando él la suya, acabó como pudo, tras suplicarle auxilio a la Virgen del Pino. Bajó a toda prisa del andamio, sin mirar que el vendaval le remontaba el cachorro a más altura que una cometa y, señalándole la pared, pidió al ayudante:

*–¡Agárrala, Santiago! ¡Mantenla como puedas que voy corriendo a cobrarla!*

Marzo de 1937. Su hijo Miguel, en el servicio militar, fue advertido un día por la tarde de que al otro por la noche embarcaría para el frente. Pidió permiso para trasladarse a Gáldar a despedirse de la familia, pero, por hallarse acuarteladas las tropas que iban a embarcar, ni aun alegando que estaba su madre enferma le fue concedido. Sin embargo, el mismo día de la partida le permitieron salir para comunicarse con sus padres. Muy tempranito se fue Miguel Cubas a ver a aquel otro galdense bueno y servicial que fue Juanito Rafael Ojeda, cobrador muy estimado de los antiguos “coches de hora”, con parada en el “Camino Nuevo”.

*–Juanito, ¿Usted me hace el favor y le entrega este papel a mi padre en cuanto llegue a Gáldar? Es que embarco esta noche para el frente.*

*–Sí, mi niño... Y lo siento, caray, porque no vas a ninguna fiesta.*

*–A las dos estaré aquí, cuando usted regrese.*

Desde la una estaba Miguel –qué gran persona fue– dando vueltas, a la espera de Juanito Rafael. Llegó el coche, retrasado según costumbre, y aún tuvo que aguardar, impaciente, a que descargara el cobrador las lecheras que venían en el techo.

*–Juanito...*

*–Tu padre me dio ésto.*

Era, devuelto, el mismo papel que enviara a su progenitor, en el que Miguel había escrito: Papá: Necesito que me mandes unas perras que me hacen falta “para el barco”, pues salgo esta misma noche para el frente. Al

respaldo, maestro Juan, que tenía a su mujer muy grave, escribió: Miguel, me han dicho que ninguno de los que han embarcado de aquí para atrás, ha tenido que pagar el flete. En caso de que te lo vayan a cobrar, te vienes para casa, que a tí no se te ha perdido nada por allá.

Además de la desgracia que lo afligía, no tenía dinero maestro Juan. Tuvo que salir del paso sobreponiéndose a su infortunio. Aquella misma noche quedó viudo. Navegando iba ya Miguel a la hora que expiró su madre.

Historias de maestro Juan Cubas Pérez tenemos para llenar un libro y más. A nuestro rememorado personaje se lo llevó un cáncer de esófago, hace más de cuarenta años. Tuvieron que practicarle la gastrectomía para colocarle una sonda gástrica que le permitiera recibir alimentos.

Así y todo, no quiso apenar a los que le rodeaban:

*–No me puedo quejar digo yo. Voy a morir como la gente rica. De lo mismo que murieron el capitán general y el médico, don Santiago.*

Víctimas de la misma cruel enfermedad habían fallecido por aquellos días el laureado teniente general García–Escámez y el viejo médico de Gáldar, don Santiago Rosas Fossas.

Pero, como la esperanza es lo último que se pierde, maestro Juan viajó varias veces a la capital en busca del remedio que no tenía su quejido. En los desplazamientos a la capital lo acompañaba Miguel, a quien cada vez le decía lo mismo el médico: La verdad que me asombra que este hombre esté vivo todavía.

Una tarde... al darle de comer la hija que amorosamente le cuidaba, pronunció sus últimas palabras:

*–Échame un poco más hoy, Carmen, que esta vez será más largo el viaje.*

A poco entró en coma y murió al amanecer.

## Perdomo Acedo: poeta y periodista, soñador y medio bohemio

Hijo primogénito de don Felipe Perdomo Calderín y de doña María Acedo Valdés, el distinguido poeta, periodista e ilustre bohemio don Pedro Perdomo Acedo nació en Las Palmas de Gran Canaria el 16 de mayo de 1897. Al fallecer en 1977, el 29 de otro mes “de las flores”, hacía doce días que había redondeado sus 80 años de existencia.

Constatados nuestros datos dispuestos con los figurados en la *Historia de la Literatura Canaria* –ese interesante y muy provechoso libro que escribieron en 1978 los admirados Joaquín Artilles–Ignacio Quintana–, podemos asegurar que el querido personaje que viene a ocupar este capítulo estudiaba en la Escuela Normal de Magisterio cuando entró a formar parte de la Redacción de Ecos, el periódico que aglutinó a la gran generación poética de Las Palmas.

Marchó a Madrid en 1917 a continuar estudios en la Escuela Superior de Magisterio, y ello le brindó la oportunidad de relacionarse con el ambiente literario de la Corte, donde mantuvo contactos con Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna y otras primeras figuras de la intelectualidad. Allá por 1946 fuimos portadores de un afectuoso saludo que el peruano Felipe Sassone nos encargó traerle a “su genial amigo Pedro”.

En 1919 escribe Perdomo Acedo sus primeros poemas y colabora en *España*, *Revista de Occidente* y *La Lectura*, de Madrid; *Nosotros*, de Buenos Aires, y *La Verdad*, de Murcia. En 1927 colabora con *La Rosa de los Vientos*, de Tenerife, y en 1928 funda en su ciudad natal el diario *El País*, que dirige hasta su desaparición en 1933, imprimiéndole el mismo espíritu juvenil y las mismas inquietudes que inspiraron Ecos.

De los tiempos de *El País* data la primera de sus anécdotas a relatar en estas páginas ofrendadas a su memoria:

Parece ser que dos próceres grancanarios tenidos en buen recuerdo, ambos del mismo nombre e igual primer apellido dieron pie al lance que nos proponemos narrar, adelantando en conveniencia que a los tiempos aquellos y hasta no hace muchos años, nuestros diarios cubrían una sección “Del Juzgado” en la que aparecían, previo examen del registro civil, los nacidos, muertos y matrimonios contraídos. Algunas veces nos tocó cumplir esta infor-

mación, que durante pilas de años fue especialidad del gran amigo y servicial compañero que se llamó Andrés Vega (Veguita).

Por lo que sabemos, al entregar uno de aquellos dos ilustres su alma al Creador, en la necrológica que publicó *El País* se dio por fallecido al otro. Y dicen que este “muerto” se presentó en el diario, del que era redactor jefe don Juan Rodríguez Doreste, primero en aguantar, rigurosamente impresionado, tan inesperada visita:

–*¿Es usted el director?*

–*No, no... Siga, siga... Allí, entrando por aquella puerta...*

Muy enfrascado andaba el director en lo que escribía al intuir una sombra humana que se había detenido ante su mesa y escuchar el seco saludo que le dirigía:

–*Buenos días.*

–*Usted los tenga.*

Pero al levantar un poco don Pedro la cabeza y ver a quién tenía delante, sólo pudo balbucir, contaba el mismo que estupefacto:

–*¡Mi madre! ¿Pero usted no está muerto?*

–*¡El muerto será usted si no arregla esto enseguida!*

–*¡Mañana mismo!*

Se asegura que al día siguiente, en la sección “Del Juzgado”, aparecía inserto el nombre del reclamante en la lista de recién nacidos, y que él mismo, ya calmado y hasta tolerante, fue de los más que celebraron la sabia ocurrencia del director de *El País*. A través del mucho más de medio siglo transcurrido se ha dicho repetidamente, incluso por los responsables del periódico, que los “causantes” del equívoco error fueron, por el orden inicialmente establecido, don Lucas Alzola González Corvo y don Lucas Alzola Apolinario, a quienes mencionamos con el respeto de ordenanza a la gloria eterna de sus almas y la óptima memoria que de sus nobles obras se guarda.

Desaparecido su periódico y otra vez en Madrid, en 1935 entra Perdomo Acedo en la redacción de *El Sol*, donde alcanzan sus valores notable esti-

mación. La guerra civil lo devuelve a su ciudad natal en 1936, y aquí cultiva con gran éxito el periodismo –principalmente en *La Provincia* y *Diario de Las Palmas*– hasta su jubilación en 1964.

En la primera época de su quehacer poético no edita ninguna obra. Su producción, sólo en parte insertada en las publicaciones ya reseñadas, permanece inédita en su mayor cuantía. Hasta 1943 no ve la luz su primer libro: *La muerte imaginada*. Después, hasta 1976: *Epitalamio sin fin*, *Ave breve*, *Caballo de bronce*, *Oda a Lanzarote*, *Volver a resucitar*, *Elegía del capitán mercante*, *Luz de agua* y *Última noche contigo*. Al morir trabajaba en la ordenación de varios libros de sus primeros tiempos poéticos entre 1919 y 1939, periodo inicial en el que le fue más patente el influjo de Juan Ramón Jiménez.

Aparte de nuestros encuentros diarios en el Bar Polo, donde más de cerca tratamos a don Pedro Perdomo Acedo y nuestra amistad cobró mayor hondura fue siendo él nuestro director, allá por 1949, en la dicha cadena de semanarios precursora de la reaparición de *Diario de Las Palmas*. Del tiempo largo que permaneció al frente del decano de los vespertinos del archipiélago conocemos anécdotas que exaltan su agudeza, su sagacidad y sus extraordinarios reflejos, en suma de estimabilísimas cualidades al servicio de su probada inteligencia.

Un día que el renacido *Diario* había publicado parte de un extensísimo artículo de don Luis Martínez Carvajal –tan extenso que, no obstante ocupar toda una página dicho adelanto, había quedado otro tanto o más para la edición siguiente–, allá por la tardecita, acompañando el que escribe a don Pedro desde la Plazuela hacia el Teatro, pasaje de Lentini abajo, aproximándonos que íbamos al Puente de Palastro, nos decía:

*–Martínez Carvajal es una bellísima persona y yo lo quiero mucho; pero escribiendo “se sale de las cuartillas”. Me manda unas colaboraciones interminables, que tengo que publicar “por entregas”. Y luego me marea con las erratas.*

Como avisado apareció en este momento, acabando de atravesar el puente por la acera del Bar Polo, el mismísimo don Luis, siempre tan sonriente. Al vernos, nos saludó, todo lo amable que él era:

*–Adiós, queridos.*

Y se detuvo para decirle a Perdomo Acedo:

–Eso salió muy bien, Perico. Pero se te escapó una errata.

La contestación que recibió ipso jacto fue un escopetazo:

–¡Dos!

–¿Dos? Yo sólo he visto una.

–¡La otra es el “continuará”!

De quien a diario deleitaba a sus lectores con el primor de su sección Muy noble y muy leal, que además cultivó también la conferencia literaria, dejó escrito Ventura Doreste:

Como periodista es dueño de un estilo ágil, modulado e irónico; la vastedad de su saber y el juicio agudo le han permitido escribir con altura sobre temas de actualidad. Sus disertaciones públicas muestran su rara capacidad para enfocar cualquier asunto –Cervantes la naturaleza de la poesía, Rubén Darío– desde nuevos y provechosos ángulos.

Volviendo al poeta, asimismo en la citada *Historia de la Literatura Canaria* se asegura que toda la poesía de Pedro Perdomo es “un arte de minoría, difícil, arriesgado, selectivo, mondo de elementos mostrencos; poesía elaborada y pensada, también en su contenido, y por eso, más conceptual que emotiva, con más cerebro que pasión”.

Omisión imperdonable sería no hacer presente en este capítulo inventario a doña Julia Azopardo Cabrera, esposa y primera admiradora de Pedro Perdomo Acedo; su gran compañera, cuidadosa, comprensiva y animadora; del arte seguidora por los caminos de la plástica, y personalmente observadora, irónica y ocurrente; sincronizada, se puede decir, con el hombre elegido para compartir sus días.

Al derrocamiento del dictador venezolano Pérez Jiménez se ciñe la anécdota que cierra la presente glosa. Aquella mañanita, en la Redacción del “Diario” iba creciendo el interés en tomo a las noticias que se sucedían respecto del movimiento comandado por Wolfgang Larrazábal. Junto a don Pedro Perdomo se hallaba, curioso y expectante, un gran amigo de la casa: don Francisco Ferrera Ferraz, y por la Redacción, arriba y abajo, igualmente agita-

dos y atentos a los servicios “hell” de entonces, Luis Jorge Ramírez, Antonio Lemus, Florencio Bethencourt, Gregorio Martín Díaz..., la Redacción en peso. Y lo mismo se observaba “alterado” el taller, claro, con el diligente maestro Pedro Florido presto a recoger los textos a devorar por aquellas linotipias “pasadas a la historia”.

Avisado por el director, su amigo el cónsul de Venezuela se personó inmediatamente en el periódico. Era un hombre joven y abierto, que aquí hizo muchos amigos. Se diría que Pérez Jiménez lo había mandado a Canarias ignorando que no compartía sus ideas. Al personarse en el despacho de don Pedro, éste le hizo saber:

*–Noticias estupendas. Su jefe está a punto de rajarse.*

Se encendió de contento el rostro del honorable y quiso empezar cuanto antes a celebrar el derrocamiento del dictador. Del próximo Bar Cénit, el solícito don Antonio Sánchez fue enviando al periódico bandejas con tazones de café con leche y tapas variadas, muy bien dispuestas por la simpática Lolita en servicio casi ininterrumpido y a cuenta, por supuesto, del cónsul.

Así las cosas, hacia las diez horas llegó a manos de don Pedro un texto en el que se daba cuenta de que Pérez Jiménez acababa de abandonar Venezuela. Sin siquiera inmutarse, dejando al cónsul en compañía de don Francisco Ferrera, abandonó sus despacho para reunirse con Lemus y Luis Jorge.

*–Esta noticia, a las linotipias. Pero hay que hacer un juego para prolongar entre nosotros este desenlace. Si la cosa termina ahora, tan pronto, este hombre se nos va y nos perdemos el almuerzo.*

Por tanto, mientras que en el taller se sabía la caída de Pérez Jiménez, en la Redacción siguieron circulando noticias prefabricadas, a veces contradictorias, que preocupaban al joven cónsul y lo mantenían en tensión. Hasta que, en el momento casi de entrar la edición en máquina, don Pedro interrumpió radiante en el despacho, enarbolando el texto que aseguraba que el dictador había abandonado Venezuela en avión.

Alzando los brazos, el representante consular exclamó, rebosando el mayor entusiasmo:

*–¡Esto hay que celebrarlo!*

Y don Pedro, al acecho, recomendó súbito:

*–Ningún sitio mejor que casa Juan Pérez.*

*–¡Pues vamos para allá! ¡Todos al Puerto!*

Todos parece que no fueron, pero sí unos cuantos, quedando todavía quien añora los succulentos salmonetes que se zampó aquel día “a la salud de un dictador”. En los prolegómenos del banquete don Pedro Perdomo, que deseaba manducar estando en paz con su conciencia, le descubrió al cónsul la estratagema. Cuentan que éste le respondió:

*–Nunca le perdonaré que me tuviera dos horas tan cerca del ansiado final sin hacérmelo saber. Pero si de mí dependiera, a usted le daría ahora mismo “un Nobel a la genialidad”, mi querido don Pedro Perdomo.*

Sí, amigos; además de poeta y periodista, era noble aquel hombre agudísimo, onírico y medio bohemio, cuya irremediable ausencia seguimos llorando.